

EL CAPRICHO

Actriz de sesenta años y actor de cuarenta.

ACTO I

(Sala vacía. Dos puertas, una a un lado y otra al fondo, ambas abiertas.)

VOZ DE JORGE- *(Se acerca, gritando desde fuera.)* ¡Carlota! ¡Carlota!

JORGE- *(Irrumpe en escena por la puerta lateral. En voz más baja.)* ¡Carlota...! *(Mira alrededor. Enfadado.)* ¿Así que te has ido? ¡Muy bien, pues lárgate!

(Se acerca a la puerta del fondo para cerrarla, y en ese momento asoma por ella LUZ.)

LUZ- Se ha marchado, sí. *(Entra.)* ¡Y buena iba! ¡Casi me tira al salir! ¡Vaya unos modales! ¿Puedo pasar?

JORGE- *(De mal humor.)* ¡Ya está usted dentro! ¿Qué quiere ahora?

LUZ- *(Muy alterada.)* ¡Lo de siempre! ¿Qué voy a querer? Ayer fui otra vez al otorrino y me aseguró que no existía ningún motivo físico para los zumbidos que oigo, y entonces volví al médico de cabecera, que me mandó al psiquiatra... *(Indignada.)* ¡Yo! ¡Al psiquiatra! ¡Nunca en mi vida había estado en un psiquiatra! ¿Se da cuenta? ¡Y todo por culpa de su piano! ¿Sabe lo que me dijo el psiquiatra? **(JORGE niega con la cabeza.)** ¡Que tomara ansiolíticos! ¡Ansiolíticos! Como yo le contesté: “No necesito ansiolíticos, sino poder estar en paz en mi casa, sin ese piano agujereándome las orejas”.

JORGE- Es imposible que le agujeree las orejas. La habitación donde toco parece un búnker. Hemos aislado el suelo, el techo, las paredes y las ventanas. Mi propia mujer no me oye desde el cuarto de al lado. Ni tampoco los vecinos. ¿Cómo me va a oír usted, con un piso de por medio?

LUZ- Pues le oigo. Y mi marido también.

JORGE- Porque le obliga usted.

LUZ- ¡Qué tontería! Tengo el ruido aquí clavado. ¡Estoy desquiciada con ese martilleo constante! (*Le muestra las manos.*) Fíjese, fíjese cómo me tiemblan las manos... Si sigo así, me va a dar algo. ¡Ni siquiera puedo dormir de los nervios! En fin, venía a avisarle de que le hemos puesto otra denuncia.

JORGE- ¡Otra denuncia! (*Desolado.*) ¡No me puede hacer esto! Nos hemos gastado un dineral que no tenemos en insonorizar ese cuarto para no molestarla. La última vez que vino la Policía Ecológica, ellos mismos comprobaron que, incluso pegando la oreja a la pared, apenas salía ningún ruido...

LUZ- ¡Apenas! ¡Ahí está la clave! Yo tengo un oído muy fino.

JORGE- Lo que tiene usted es un marido magistrado. Si no, ya habrían archivado sus denuncias.

LUZ- Como es natural, mi marido defiende a su mujer. Y yo estoy dispuesta a llegar hasta el fin, con tal de no soportar ese instrumento de tortura.

JORGE- Es un instrumento musical, y no creo que lo toque tan mal. En mi tiempo libre, doy conciertos...

LUZ- Pues búsquese otro entretenimiento más silencioso. O múdese a otra casa donde todos estén sordos.

JORGE- ¡Si es que no puede oírlo usted! Sólo lo adivina. Intuye que estoy al piano, y eso mismo la pone nerviosa...

LUZ- (*Irritada.*) ¿Está insinuando que es una obsesión mía?

JORGE- Lo que le digo es que si no se empeñara... (*En actitud implorante.*) ¡Hágase cargo de mi situación, por favor! Antes de meternos con las obras de aislamiento, intenté convencer a Carlota de que nos trasladáramos a otro piso. Pero ésta era la casa de sus padres, ha vivido en ella toda la vida, y le tiene mucho cariño. Además, trabaja en un pueblo, y la estación de tren le pillaba aquí al lado...

LUZ- ¿Y qué tengo yo que ver con los problemas de su señora?

JORGE- Es que este asunto está afectando a nuestro matrimonio. Cada vez que hablamos de él, discutimos. Ella no quiere mudarse, y yo no puedo prescindir del piano...

LUZ- ¿Por qué no? ¿No vive usted de otra cosa?

JORGE- Me mantengo de mi empleo, pero lo que es vivir, vivo de esto. Quiero decir que el piano es mi vida... ¿Me entiende?

LUZ- Claro que le entiendo: que es un capricho, y usted pretende que yo me ponga enferma por un capricho suyo. ¡Pues de eso, nada! ¡Hasta ahí podíamos llegar, señor mío!
(*Va a la puerta, sale, y cierra de un portazo.*)

ACTO II

(*Cuarto distinto al del ACTO I, con una puerta. JORGE habla por teléfono.*)

JORGE- No, Carlota, no tienes razón. Cualquiera comprendería que para mí es más importante el piano que para ti la casa de tus padres. Yo de mi música no puedo prescindir, pero la casa podíamos haberla puesto en alquiler y venimos a vivir aquí los dos, como te dije. Y aún estamos a tiempo, si tú quisieras. (*Escucha un instante.*) Ya. Ya sé que no quieres. (*Con amargura.*) Que no me quieras, vamos, que un pequeño inconveniente nos ha separado... (*Escucha un instante.*) Eso son excusas, porque este apartamento es muy bonito, y los vecinos son encantadores. Fíjate que la de enfrente abre la ventana para oírme tocar... ¡Menuda diferencia con la bruja esa...! Ah, oye, si la ves, no le digas que ya no vivo allí, que no se dé el gustazo de saber que ha destrozado nuestro matrimonio. (*Escucha un instante.*) Ah, que te preguntó por mí... ¿Y se lo has contado? (*Disgustado.*) ¡Vaya! (*Suena un timbre.*) Espera un momento, que llaman... Entonces ya hablaremos. Adiós. (*Deja el teléfono y abre la puerta.*)

JORGE- ¡No puede ser! (*Retrocede asustado. Entra LUZ.*)

LUZ- (*Triunfante.*) ¡Ya me lo figuraba yo!

JORGE- Pero... ¿cómo...?

LUZ- Estamos estrenando apartamento. Acabábamos de instalarnos cuando he oído el ruido de ese artefacto detestable, y le he dicho a mi marido: “A ver si va a ser él”. ¡Y es usted!

JORGE- ¿Quiere decir que... que se ha mudado aquí...? ¿Es que me está persiguiendo? ¿Le ha dado Carlota mi dirección? ¿Cómo me ha encontrado?

LUZ- Nosotros necesitábamos un sitio tranquilo y, sobre todo, sin ruido. Y su mujer me habló de estos apartamentos. Quizá le mencionó a usted, pero no me fijé. De haberlo sabido, no nos habríamos venido aquí en busca de silencio.

JORGE- ¡Esto no puede ser casualidad!

LUZ- (*Airada.*) ¡Y tanto que no! Es usted quien me está persiguiendo para volverme loca. Pero ya nos veremos las caras en el Juzgado, porque mi marido no va a consentir este atropello. Y, mientras tanto, ni se le ocurra acercarse al dichoso piano, que esto no está insonorizado y aquí sí que se oye...